

expresion á las devociones católicas: esto es demasiado notorio á todo el mundo, para que sea necesario detenerse en ello. Pero si deseo que observeis, que aquí tambien se descubre el mismo designio por el amor, el mismo dulce espíritu paternal que Dios tiene la dignacion de manifestarnos por doquiera. Parecía que la oracion era el privilegio más excelente que la infinita compasion divina podía concebir, y que la criatura lo reputaria todo por nada, comparado con el privilegio incomparable de hacer saber al Criador misericordioso sus necesidades y miserias: pero la oblacion sobrepuja á la oracion. En la oracion somos nosotros quienes recibimos de Dios; mas en la oblacion es Él quien se digna recibir, y nosotros quienes tenemos el alto honor de darle: el ofrecer presentes es no sólo señal de amor, sino una especie de igualdad; y hé aquí por qué de la oblacion nace una familiaridad para con Dios más dulce, tierna y afectuosa que aquella que resulta de la simple oracion: la libertad infantil de los Santos procede principalmente de este espíritu de oblacion.

SECCION III.

Prácticas de los Santos.

1.º Veamos ahora cuáles han sido las prácticas de los Santos relativas á la oblacion de sus propias acciones diarias. Pero preciso es que recordemos que la

situacion que ocupamos en la vida es la siguiente. Siempre estamos suspirando por la gloria de Dios, intereses de Jesus y salvacion de las almas; delante de nosotros tenemos una suma considerable de obras por hacer, poco tiempo para ejecutarlas y escasos medios para llevarlas á cabo; tenemos que ser avaros de todo cuanto poseemos, ávidos de gracia y codiciosos de los frutos que la gracia puede producir por su propia virtud. Pues que estamos trabajando por nuestro amoroso Señor, trabajemos con ardor y perseverancia, ejecutando todas nuestras acciones con atencion devota, ofreciéndolas á Jesus en union con alguna semejante que Él se dignase obrar, mientras vivió sobre la tierra, y así es como dichas acciones se cambiarán en un suave sacrificio de inmensa eficacia delante de Dios. ¿Qué avaro habrá que no quisiese, á serle posible, estar incensantemente acuñando moneda durante todas las horas del dia? Pues esta es cabalmente la ocupacion en que podemos emplearnos, ayudados del inefable misterio de la Encarnacion, de la manera más real y efectiva para la consecucion de la vida eterna.

Dice Santo Tomás que es meritoria la obra de un justo en proporcion á la excelencia del motivo en virtud del cual la ejecuta; y que así como el amor llamado de benevolencia es más excelente que otro cualquiera, así son más meritorias que todas las demás las obras que se ejecutan por semejante motivo. Enseña

igualmente el mismo Santo Doctor, segun vimos en el capítulo tercero. que las obras hechas por Dios como nuestro Padre, son más meritorias, que aquellas que se le ofrecen como á nuestro Criador, por ser el motivo más excelente. Rodríguez cuenta que reveló Dios á Santa Methilde la suma complacencia que recibía en el ofrecimiento de todas nuestras acciones unidas á á las de su Hijo Jesus, é igual revelacion hizo el Señor á las Santas Gertrúdis y María Magdalena de Pazzis. Hé aquí por qué afirma Santo Tomás que «Jesucristo está representado en el doble altar de los holocaustos é inciensos, pues por mediacion suya debemos ofrecer á Dios todas las obras de mortificacion con que afigimos nuestra carne; y estas son las obras que se ofrecen sobre el altar de los holocaustos. Debemos asimismo ofrecerle todas aquellas que ejecutamos con mayor perfeccion de espíritu; y estas son las que se ofrecen sobre el altar del incienso.» San Ignacio escribe en la tercera parte de las constituciones las siguientes palabras: «Esfuércense todos mis hijos por tener la intencion recta no solamente acerca del estado de su vida, pero aún en todas las cosas particulares, teniendo siempre en ellas presente puramente el servir y complacer á la divina Bondad por sí misma.» Dice Santa Teresa que todo el que quiera alcanzar luego al punto el fin deseado de sus oraciones, no tiene más que ofrecer sus obras al Eterno Padre en union con los merecimientos de

nuestro Señor Jesucristo; y Orlandini cuenta del Padre Pedro Fabre «que tomaba tan á pechos el patronato de los fieles difuntos, que todo su afan consistia en inculcar á sus hermanos ofreciesen por ellos todas sus acciones ordinarias, á fin de que, cuando impedidos por sus muchos cuidados y ocupaciones exteriores, no les fuese posible orar vocalmente á favor de aquellas almas benditas, sus mismas acciones pudiesen elevarse al cielo en olorosa espiral cual silenciosas peticiones.» Para evitar el cansancio y opresion de espíritu, recomienda Lancisio que se haga semejante ofrecimiento, empleando las ménos palabras posibles; así, por ejemplo: *Yo quiero, yo ofrezco; ó bien, yo hago ó digo esto por Vos, Padre mio celestial;* usando idénticas expresiones, ó variándolas, segun que exciten más ó ménos nuestra devocion. «Esta oracion de oblacion práctica, prosigue, es en sí misma más excelente y meritoria que la contemplacion de reposo, por la razon siguiente: En ambas, es decir, en la oblacion y contemplacion, el objeto formal es idéntico, Dios amado solamente por ser quien es; pero la oblacion añade la obra ó palabra que se hace ó dice por amor de Dios. Así es que enseñan los teólogos que la vida mixta es más perfecta que la puramente contemplativa.»

El mismo escritor espiritual nos aconseja asimismo que ofrezcamos á Dios las circunstancias particulares de todas nuestras acciones. Al levantarnos, por

ejemplo, por la mañana, quiere el citado Padre que digamos: «¡Oh Padre mio santísimo y amantísimo, por Vos y en union con los merecimientos y obras todas de mi Señor Jesucristo, quiero levantarme ahora sin dilacion alguna así para obedecer al llamamiento de la santa obediencia, vistiéndome con toda la modestia posible, como para empezar cuanto ántes á trabajar por vuestra mayor gloria.» El mismo Lancisio añade, que esta variedad de circunstancias materiales de nuestras acciones acrecienta el mérito de la ofrenda y evita la fatiga y opresion del ánimo: pero á mí me parece que dicha variedad quizá no produzca idénticos efectos en toda suerte de personas, ni siquiera en unas mismas en diferentes épocas.

Aconsejanos igualmente el ya referido Lancisio como un acto de mérito y amor insignes, que ofrezcamos nuestras acciones por diferentes motivos sobrenaturales subordinados al principal, que es solo Dios; y á este fin nos suministra los siguientes ejemplos, no para que necesariamente pensemos en todos ellos, al estar ejecutando cada una de nuestras acciones, sino con objeto de proporcionar alimento á los diferentes gustos y devotas inclinaciones. Estos motivos son los que á continuacion vamos á enumerar: 1.º por la bondad sobrenatural que resplandece en el acto de la misma virtud; 2.º para cumplir con los mandamientos de Dios y de la Iglesia; 3.º para obedecer á nuestros superiores; 4.º para vencerse y mortifi-

ficarse uno á sí mismo; 5.º para satisfacer por los pecados de tal ó cual persona.—No es necesario que para satisfaccion de nuestras propias culpas hagamos una oblacion distinta de nuestras acciones, pues toda obra sobrenatural de un justo, como no se ofrezca por los demas, es en sí misma una satisfaccion por los pecados personales; 6.º para que con semejante obra honremos, reverencemos y glorifiquemos á Dios en el más alto grado posible; 7.º para mostrarle nuestro agradecimiento por todos los beneficios que nos ha otorgado, y dones con que enriqueciera á la sagrada Humanidad de Jesus, Santísima Virgen, Ángeles, Santos y hasta los mismos infelices condenados; 8.º para que edifiquemos y demos buen ejemplo de vida; 9.º para aumentar con esa accion ó palabra los hábitos de virtud, que tan queridos nos hacen de Dios nuestro Señor; 10.º para asemejarnos á El más y más cada dia; 11.º para adornar nuestra alma, haciéndola templo más digno del Espiritu Santo y miembro castísimo de Jesucristo; 12.º para extender por todas partes la gloria de Dios y eficacia de su Preciosa Sangre, multiplicando de esta suerte en nosotros mismos las acciones sobrenaturales; 13.º para regocijar á la Iglesia triunfante; 14.º para embellecer á la Iglesia militante; 15.º para confundir á los espíritus malignos; 16.º para hacer descender abundantes gracias sobre todo el cuerpo místico de Cristo; 17.º para exhibir á los Angeles, hombres y demonios la eficacia de la Sagrada

Eucaristia; 18.º para cumplir nuestros votos, deseos y promesas; 19.º para ser fieles á las divinas inspiraciones; 20.º para imitar á Jesucristo y los Santos; 21.º para honrar á la Santísima Virgen, Angel custodio y Santos de nuestra devocion. Todas estas intenciones pueden asimismo aplicarse así por los males que sufrimos, como por el bien que practicamos.

Hé aquí, pues, un maravilloso artificio para transformar diariamente en oro purísimo la escoria de nuestras más comunes acciones en el laboratorio secreto de la intencion. Oigamos para nuestra mayor consolacion de boca del mismo Señor el valor que tienen semejantes acciones delante de sus divinos ojos. «Si un codicioso usurero, así habló á Santa Gertrúdis, no querría de buena gana perder la oportunidad de adquirir un solo maravedí, ménos gusto tendré Yo en dejar pasar la ocasion de cambiar, para mi mayor gloria y eterna salvacion vuestra, el más liviano pensamiento y movimiento de vuestro dedo meñique.» En otra ocasion, como sintiese una noche la Santa cierta debilidad, comió algunas uvas con la intencion mental de refrigerar al Señor en sí misma. Jesucristo, por su parte, aceptó gustoso semejante presente cual regalo real, y la dijo: «Te confieso, hija mia, que con dicho regalo me has recompensado el amargo brebaje que tomé por amor tuyo estando en la Cruz, pues ahora estoy gustando en tu corazon una dulzura inefable; porque has de saber, que

cuanto mayor sea la pureza de intencion en recrear tu cuerpo por amor mio, tanto más exquisita es la dulzura con que me siento recreado en tu alma.» El mismo Salvador habló otra vez á Gertrúdis de esta manera: «Mi ternura aceptará gustosa el más ligero movimiento, el esfuerzo más liviano que hagan los hombres para levantar una paja del suelo, el simple saludo, un responso por los difuntos y cualquiera palabra en favor de los pecadores y justos, siempre que practiquen semejantes actos con piadosa intencion.»

SECCION IV.

Escritores espirituales.

Es una consolacion, y si bien lo consideramos, acaso sea la cosa más natural del mundo, que los escritos espirituales de los Santos aventajen en condescendencia para con nuestra propia debilidad y flaqueza á los escritos de las personas piadosas que no gozan de semejante privilegio. ¡Cuántas veces no se halla el pobre y tímido espíritu defraudado en sus legítimas aspiraciones, agobiado y cruelmente oprimido con esos áridos, frios y abstractos sistemas de ciertos libros espirituales! Véselas llenas á estas obras ascéticas de alturas tan elevadas, que un Angel apenas podría en ellas respirar: propónennos sus autores un alejamiento casi imposible de las criaturas, nos acon-

sejan una continua violencia, una tirantez de ánimo y una muerte completa de toda actividad natural; de lo contrario, nos dicen en tono magistral, que no sólo no respiramos en las elevadas regiones de la perfeccion, sino que hasta seguimos una senda que nos separa enteramente del cielo: otras veces nos llevan hasta á la desesperacion, representándonos por cualquiera peligros casi inevitables; por manera que llegamos á abandonar completamente el camino de la perfeccion como un estado á que Dios nos llama únicamente para perdersos

¡Cuán diferentes no son los escritos de los Santos! Aun el mismo San Juan de la Cruz, llamado *el Doctor de la nada*, ¡cuán dulce, cuán benigno, cuán amable y condescendiente no es en sus enseñanzas con nuestra mísera flaqueza humana! De San Felipe solían decir por broma sus contemporáneos que conducía á los hombres al cielo en un coche tirado por cuatro caballos; y el discreto San Ignacio aseguraba que si los religiosos no estaban bien alimentados, jamás podrían hacer una buena oracion. Leemos en la obra *De un Buen Superior*, que este glorioso Patriarca siempre estaba importunando á los PP. Ministros para que diesen á sus hijos comidas abundantes y exquisitas; y un viérnes llegó á hacerse hasta insopor- table por su empeño de que toda la comunidad tuviese lampreas en dicho dia, á pesar de venderse tan caras, que sólo las compraban los cardenales y emba-

jadores. Los Santos, aun en sus mismas travesuras, permítasenos la expresion, y cuando al parecer están deliberadamente escandalizando; suele acontecer que justamente entónces nos están dando con singular habilidad lecciones de la más alta sabiduria. San Francisco de Sales, aunque era el Santo del puro amor, quejábase al Obispo de Belley de las malas comidas que le daba; y San Alfonso de Ligorio, esa alma pura ¿hubiera sido tan indulgente, si hubiese sido ménos santo? Enseñan ciertos libros espirituales, que es una enorme falta de mortificacion el dar gusto, por ejemplo, al sentido del olfato, oliendo alguna exquisita fragancia; pero Santa María Magdalena de Pázzis entra en el jardin, corta una flor, aspira su aroma con indecible placer, y exclama: «¡Oh Dios bondadosísimo, que desde toda la eternidad ordenaste que esta hermosa flor proporcionase á esta vil pecadora semejante contentamiento!» No sé qué juicio hubieran formado ciertos místicos de Santa Gertrúdis: los más virtuosos seguramente que hubieran sido más severos que la mayor parte de los Santos. Hubiéranla dicho que se acordase de la hiel y vinagre que dieron al Señor estando en la Cruz; que debía abstenerse de semejante regalo, á ménos que no se sintiese con vocacion para subir á la cumbre de la perfeccion. Todo esto hubiera sido ciertamente una verdad palmaria, y para no pocas almas, el consejo más acertado; la revelacion, sin embargo, nos de-

clara, que la regla no es invariable, y ofrécenos un vislumbre de otro espíritu muy diferente. Oigamos cómo se expresa Santa Teresa en su carta á Alonso Veiazquez, obispo de Osma, hablando de sí misma en tercera persona: «Además de lo que llevo dicho; por lo que hace á su salud, paréceme que se toma demasiado cuidado, que es poco mortificada en la comida, y que no abriga los mismos deseos de hacer penitencia que ántes solía tener; mas en su opinion, todo tiende á este objeto, á saber: para servir de esa suerte mejor á Dios en otras cosas, pues no raras veces ofrece como sacrificio agradable el cuidado que toma de su cuerpo.»

No digo yo que sea cosa fácil llegar á ser un Santo; sólo afirmo que los Santos son más indulgentes para con aquellos que aspiran á conseguir ese sublime estado, que los escritores no canonizados. Los Santos son los maestros más condescendientes, porque se asemejan más á Jesus que el resto de los demás hombres, porque son más considerados y benignos, y porque permiten ciertos desahogos, estudian el carácter y circunstancias, examinan la índole, inclinaciones y sentimientos de sus prójimos. Así, pues, quien aspire á conseguir la perfeccion cristiana, siga el consejo de San Felipe, y aténgase á las obras de autores cuyo nombre empieza con una *S*, es decir, Santo. Pero que se entregue enteramente en manos de otros autores no canonizados, y hay nueve proba-

bilidades contra una, de que aquellos que ahora van tras él en la vida espiritual, le han de hallar un día paseando cabizbajo en el fondo del valle con el desmayo en el alma y el desaliento en el corazón, por haberle sus autores arrastrado por entre espinas y malezas, desollándole las rodillas contra las rocas y precipitándole, en fin, por escarpadas pendientes. Por el contrario, aquéllos que le iban en zaga, se deslizaron insensiblemente dando saltitos, como acostumbra á hacerlo los niños traviosos, quienes, jugueteando en las orillas arenosas de la mar, posan sus piecitos sobre el ancha huella que deja en pos de sí el hombre fornido: representan, es cierto, un papel bastante cómico con semejantes brincos; pero ello es que logran salvar con tales pantomimas las arenas movedizas.

Al expresarme así, no vaya alguno á creer que yo sostenga que los escritores espirituales no canonizados sean unos guías peligrosos, y que sus obras no merecen grande estimacion, y que no pocas no valen la pena de ser recibidas con aplauso de la Iglesia universal: léjos de mi ánimo semejante propósito. Lo que he querido decir es que, *generalmente hablando*, obsérvase una diferencia muy marcada entre el tono de los escritores santos y el de aquellos que no lo son; que esta diferencia consiste en ser los primeros más condescendientes y en que hablan con más indulgencia; y que, por último, *tambien hablando general-*

mente, las personas, y no son pocas, que se atienen á un solo libro, fiándose ciegamente de él, corren mé- nos peligro de perderse, si dicha obra es de un Santo. Sé muy bien, y me complazco en confesarlo, que To- más de Kempis no es un Santo, y que San Francisco de Sales fué asimismo hombre de un solo libro, cuyo autor Scupoli tampoco está canonizado. Tómense, pues, mis palabras con la conveniente cautela y como proposicion general; pero el hecho es, y sobre esto no cabe la menor duda, que los libros espirituales tienen una fuerza tremenda; que así pueden aprovechar como perjudicar; y semejantes al vapor, cuando dañan, causan estragos horribles y espantosos.

Mas no fué solamente la santidad de Gertrúdis la que movió al Señor á deleitarse de la manera que di- jimos en la oblacion de las acciones ordinarias de la Santa. En una ocasion, miéntras toda la comunidad se inclinaba, por reverencia á la Encarnacion del Señor, á las palabras *Verbum caro factum est*, oyó á Jesucristo que decía: «Cuantas veces uno se inclina á estas palabras con devoto agradecimiento, dándo- me gracias por haberme dignado hacerme hombre por amor suyo, otras tantas, movido por el aguijon de mi propia ternura, me inclino agradecido delante de él, y con el más vivo afecto de mi corazon, pre- sento á mi Padre una doble ofrenda de mi sagrada pasion y muerte para aumento de su gloria eterna.» Oigamos ahora cómo se expresa acerca de los goces

de la vida: «Todo aquél, así habló á la misma Ger- trúdis, que procura recibir todos los gustos en comi- da, bebida, descanso y otras acciones por el estilo, con esta intencion en el corazon ó en los labios: *Se- ñor, tomo este alimento, ó lo que sea, con aquel amor con que os santificabais á Vos mismo, cuando en vuestra Sagrada Humanidad tomásteis semejantes refrigerios para gloria del Padre y salvacion de todo el género humano, á fin de que, en union con vuestro divino amor, pueda yo aumentar la consolacion de aquellos que pueblan los cielos, tierra y purgatorio;* cada vez, repito, que dicho sujeto me dirija esta bre- ve plegaria, será él para mí un escudo firmísimo contra las innumerables vejaciones con que me per- siguen los mundanos y mi más poderoso protector y fiel defensor contra las asechanzas de mis enemigos. Despues de los Maitines del juéves ántes del Carna- val oyó Gertrúdis el ruido que hacían en la cocina las criadas de una casa contigua para preparar el al- muerzo. Púsose entónces la Santa á gemir y exclamar: «¡Ay, Señor mio, decía, qué pronto se levantan los hombres para perseguiros con sus comilonas!» Replióla el Señor con dulce sonrisa: «No hay ahora, hija mia, motivo alguno para lamentarse: los que hacen semejante ruido, no son del número de aque- llos que me ofenden con sus glotonerías, pues con ese almuerzo se proponen recobrar nuevas fuerzas para proseguir sus tareas diarias; y regocijome en su ali-

mento, á la manera que se regocija el hombre, viéndolo comer con ganas á su animal de carga, porque así es como le ha de hacer mejor servicio.»

¿Cómo, pues, no se deshace nuestro corazón de ternura, al leer semejantes cosas de nuestro dulce y amoroso Señor? Ningun otro dueño tenemos á quien debamos servir; y ¡cuán liviano el trabajo, y qué grande la recompensa! ¡qué profusión de misericordias! ¡qué prodigalidad de gracias! ¡qué abundancia de mercedes y qué exuberancia de caricias! Si el perro ama á su dueño y le muestra su aprecio con tiernos halagos, ¿cuál no debe ser nuestro amor y agradecimiento para un Dueño tan compasivo como nuestro Señor? Pero ¡ay! ¡todavía nos obstinamos en mirarle como á un Dios sin entrañas, é insistimos en continuar imitando la conducta de aquel siervo que escondió su talento por temor á la severidad de su señor, y proseguimos negándonos á reconocer á Dios por lo que es, es decir, por nuestro Padre más cariñoso é indulgente! ¡Oh qué sensación tan profunda causa en su corazón esta nuestra grosería y perversidad! «¡Oíd, cielos, y tú, oh tierra, presta toda tu atención! ¡He criado hijos, y los he exaltado; pero ellos me han despreciado! ¡El buey conoce á su dueño, y el asno el pesebre de su amo; mas Israel no me ha conocido, y mi pueblo no me ha entendido!» (1) Pero á pesar de

(1) Isaías cap. I, v. 3.^o

nuestra obstinación en negarle hasta el agradecimiento de las bestias, todavía el Altísimo hace pacto de ser con nosotros más que una madre para con sus hijos. Cuando decía Sion: *El Señor me ha abandonado, y se ha olvidado de mí*; Él exclamó: «¿Puede una madre olvidar á su hijo hasta el punto de no tener compasión del fruto de sus entrañas? Pues aún cuando ella se olvidase, Yo nunca me olvidaré de ti» (1).

¿Qué cosa más necesaria al verdadero culto que una reverencia sosegada y profunda? ¿Qué cosa más dulce para un corazón abrasado de amor, como vivir reposado y penetrado de un santo pavor á la presencia de los refulgentes atributos divinos? En religión, la familiaridad sin la reverencia es una mera impertinencia, y nada más. En efecto, ¿hay nada más familiar que las relaciones entre padre é hijo? Y sin embargo, ¿qué amor hay más reverencial que el amor filial? La verdadera reverencia fué la que movió á Pedro á decir á su Maestro que se apartase de él, porque era un hombre pecador: y la reverencia falsa indujo á los tímidos habitantes de Gádara á suplicar á Jesús que apartase de sus costas sus beneficios importunos. Pero la reverencia, reverencia acaso más profunda que la de Pedro, fué asimismo la que resolvió á la Magdalena á asirse á los pies de Jesús, si bien el Salvador no quiso permitírselo. Con demasiada frecuen-

(1) Isaías cap. XLIX, v. 14.

cia confundimos la frialdad con la reverencia, y la dureza é insensibilidad del corazon con el verdadero respeto. ¡Con qué dulzura no reprobó Jesus semejante espíritu, al quejarsele Gertrúdis de una de sus religiosas, quien, por pura reverencia, segun ella se imaginaba, absteníase de la Comunión de regla! «¡Qué quieres que lo haga, la contestó el Señor; esa buena gente tiene atado á sus ojos el vendaje de su indignidad con tal fuerza, que no es posible lleguen á ver la ternura de mi corazon paternal (1).»

SECCION V.

Espíritu de Santa Gertrúdis.

Fué el espíritu de Santa Gertrúdis un espíritu tan levantado de oblacion y familiaridad para con Dios, que al escribir Lancisio su *Tratado de la presencia de Dios*, consagró un capítulo entero á las prácticas observadas por la Santa en el ofrecimiento de sus acciones ordinarias. Eusebio Amort, en su *Exámen sobre las Revelaciones de Gertrúdis*, censura el lenguaje de algunos de estos métodos como nuevo en la Iglesia y poco conforme con el lenguaje que se emplea en las escuelas; si bien otros graves autores los citan hasta con elogio. Mas dejando esto á un lado, voy

(1) Rev. III, X. sub fine.

á recordar aquí varios de dichos métodos (1). Unas veces ofrecía la Santa sus acciones en union con el amor místico que mutuamente se profesan las Personas de la Adorable Trinidad; otras ofrecía las penas y lágrimas de Jesus en justa reparacion por las negligencias que hubiera tenido al ejecutar sus acciones de cada dia; otras, en union con la oracion eficaz de Jesus y virtud del Espíritu Santo, presentaba su oblacion al Eterno para satisfaccion de sus culpas y compensacion por sus omisiones y descuidos. No raras veces, en agradecimiento por los beneficios recibidos, y en union con su accion de gracias, ofrecía *aquella dulzura inefable y llena de infinito placer, que reciprocamente se están comunicando las Divinas Personas en la tesorería sobrecelestial*. Otra de sus ofrendas consistía en la pasion del Hijo de Dios desde la hora en que gimió por primera vez en el pesebre, hasta el momento en que, inclinando su cabeza en la Cruz, y dando una gran voz, entregó su espíritu; esta oblacion la ofrecía para alcanzar la remision de sus culpas. Luégo, en reparacion de sus descuidos, ofrecía al Padre todas las santas conversaciones de su Hijo querido, llenas todas de indecible perfeccion y pure-

(1) Schram, en su *Teología mística*, condena como próximas á herejía ciertas jaculatorias, que San Francisco de Sales menciona con ternura, y hasta con placer. Pero en materia de *doctrina* quizá sea lo más seguro para *nosotros* seguir al autor más frio y cauto. Por otra parte, él escribió despues del Santo.